

¿Para Quién Adquirir los Pancho Fierro?

por Sebastián Salazar Bondy

La escasa o nula preocupación estatal por los testimonios artísticos de nuestro pasado ha sido, lo diremos una vez más, compensada por el celo de los coleccionistas particulares, quienes han sabido, por amor a esas expresiones singulares del alma nacional, valiosas, además, por sí mismas, reunir lo que podría haberse irremediablemente desperdigado, perdido o exportado. Es llegada la hora de que el descuido de ayer sea enmendado. Hay ya un museo —local prácticamente vacío hasta ahora, desgraciadamente— y es preciso ver la manera de que sus amplias salas, algunas de las cuales poseen instalaciones eficaces, sean ocupadas por los cuadros que pertenecen a ciertos organismos oficiales, entre ellos a la Municipalidad. Esta posee una pinacoteca, enriquecida hace algún tiempo por la colección de Pancho Fierro que perteneciera a los herederos de don Ricardo Palma, cuyo destino puede ser bien el local del Paseo Colón. A las obras del pintor mulato que fueran propiedad del tradicionalista se habrán de unir, si se realiza, como es de desear, la operación de compra de la colección que fuera del señor Max Jacobi, otras piezas cuya importancia documental y estética es, conforme a juicios responsables, notable. Todo está dado, pues, para que en el Museo de Arte acoja en un sector de su enorme edificio el fondo edil de Pancho Fierro.

Según los informes publicados ayer, son 206 las acuarelas del caricaturista limeño que constituyen la colección Jacobi.

Una vez expertizadas, por mero propósito de seguridad, el conjunto pasaría a poder del Concejo Provincial de Lima, el que las adquiriría en cumplimiento de un deber que es propio de su finalidad cívica. Los especialistas en Pancho Fierro saben que el extinto señor Jacobi puso auténtico amor en la formación de su museo privado y muchos de ellos han trabajado en él sus estudios y análisis del tema, sirviéndose de dichas láminas como de manifestaciones muy características del irónico pincel del dibujante de la iniciación republicana. La muestra que de las estampas que posee la Municipalidad se ofreció en el Instituto de Arte Contemporáneo hace dos años dio una idea bastante precisa de

los valores que la obra de Pancho Fierro entraña como viva manifestación de una época peruana y como bella expresión de una inspiración espontánea y fresca. Es decir, como fuente histórica y como arte.

Demás está decir por qué un pueblo tiene necesidad de estar en contacto con lo que es sustancia de su tradición. Nadie marcha sin una historia. El impulso para el progreso, para la



transformación, para la conquista de ciertas metas futuras, sin tener como respaldo ese cúmulo de hechos —gloriosos o íntimos— que conforman su edad espiritual, su alma, es vano. Eso no significa, por supuesto, que tales antecedentes sean modelos (esta es la interpretación pasatista de la tradición), sino que conforman una cierta línea psicológica y cultural que, en la

interioridad, rige la existencia de siempre. Inclusive, la contradicción a esos signos depende de ellos. Negar esa tradición es conocerla, vale decir, estar determinado por ella. Lo grave es cuando los símbolos del pretérito se pierden, cuando todo es presente, cuando "solamente lo fugitivo permanece y Jura", como reza el famoso verso de Quevedo. Entonces no hay ruta y no la hay hasta que se han establecido las huellas de una anterioridad, aunque sea leve y superficial. Los peruanos integramos un pueblo sólo en un sentido joven. Lo que nos falta para la adultez no es mayoría de edad: es conciencia de la vocación que nuestro país ha tenido a lo largo de la vida. Maduración, en una palabra. Y la maduración es ahondamiento de lo típico. Pancho Fierro lo incluye, como lo incluyen cientos de cosas que el desdén de muchos ha puesto durante mucho tiempo de lado.

Bien hace el Alcalde García Ribeyro en intentar la compra de la colección Jacobi y bien hace al pensar que se debe abrir al público en un centro al alcance de todos —el Museo de Arte, que reclamamos como activo y real— las obras plásticas que de ese artista y de otros (incluidos los Premios Municipales de Piura) guarda la comuna limeña. No debe agotarse ningún recurso para llevar a cabo la operación, puesto que al ganar los Panchos Fierros para el municipio, se ganan para la nación, de la cual, en fin, emanaron.